



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

TOMO II.

LIMA, SABADO 16 DE OCTUBRE DE 1875.

NÚM. 5.

SUMARIO.

La mujer.—Sombras de la muerte.—La poesía.—Que se irá! Que se vá! Que se fué!—Mi palabra es oro, mi espada fuego.—A Juanita.—Amor y ausencia.—Diálogo.—Los dados.—Un consejo.—La joven cautiva.—Nubes de un Cielo.—Páginas del corazón.—Epístola tauromáquica.—Traducción de Heine.—Contrastes matrimoniales.—Mosaico.—Erratas notables.

LA MUJER.

HAY hombres, que á pesar de no ser jóvenes y estar dominados de ridiculas ideas, juzgan á la mujer injustamente y niegan sus nobles cualidades, infundándose en que su virtud no es regla general.

Esta clase de hombres quisieran ver un ángel en cada mujer aunque con ellas nos conducimos como demonios.

Si fuéramos buenos, podríamos exigirle algo celestial; pero siendo malos, solo debemos esperar algo del infierno.

Preciso es conocer que tratamos á la mujer con el mas refinado egoismo.

Queremos que sea ingénuo, y la engañamos siempre.

Queremos que sea crédula, y hacemos mofa de su credulidad.

Queremos que se rinda á nuestras lisonjas y promesas, y nos escandalizamos si se rinde á las promesas y lisonjas de otro.

Para dominarla, nos parecen pocas todas las humillaciones.

Para escarnecerla despues de dominarla, nos parecen pocos todos los dictérios.

Si resiste, la manchamos con la calumnia.

Si sucumbe, la escupimos con el desprecio.

¡Oh, cuando el hombre se goza en deshonrar á la mujer, aparece muy vil y miserable!

¡Y aún hay seres mezquinos que se jactan de los triunfos alcanzados sobre la inocencia!

¡Almas cobardes, que sin ánimo para resistir la mirada de un hombre, buscan miserables victorias en el corazón de una mujer!

¡Triunfar de una mujer!

¿Qué se necesita para engañarla?

Aunque nadie la conozca á fondo, ¿quién con constancia no podrá vencerla?

Cuando una mujer se vé perseguida, no es solo un hombre el que la persigue; parece que cuantas personas, circunstancias y cualidades hay á su alrededor, coadyuvan contra ella.

Entre un seductor y una seducida, siempre está la culpa en el primero, y siempre ha estado en la segunda la desventaja.

¡Cuántas hijas faltan, impulsadas por el abandono de su familia, y á veces por los consejos de los mismos padres!

¡Cuántas esposas delinquen, impelidas por los desprecios de sus esposos, comparados con las dulzuras del que las seduce!

¡Culpa bien leve es la de esas mujeres colocadas entre dos hombres que, aunque por diversos caminos, las precipitan á la vez en el abismo de su deshonor!

¡Ah, el hombre se prevale de sus derechos de verdugo, y abusa de la bondad de sus víctimas!

Sabe que cuando la mujer llega á amar verdaderamente, sigue amando toda la vida, y que á semejanza de un perro leal, cuanto mas daño recibe, mas fiel se muestra.

Sabe que podrá aborrecer, pero no despreciar, y que mientras el hombre no es despreciado, puede tornar á ser querido.

Y sabiendo esto, apura todos sus recursos para despertar en ella ese amor, que en breve llegará á convertirse en instrumento de su tortura.

¿Con qué razon pedimos virtud?

Despues de todo, ¿qué sabe el hombre lo

que es tener que esperar sin saber hasta cuando; sin hermosura y con pobreza; hallando solo hombres abyectos que ofrecen su cariño mas abyectos todavia, y obligadas aun á conservar una virtud cuyo único premio en el mundo es la miseria y el escarnio?

¿Qué sabe el hombre lo que es amar con toda el alma á un sér que lo ignora, y que debe ignorarlo; hablarle, sonreírle, y no poder confesarle el cariño que inspira; verle amando á otras y no poder decirle «yo te amo mas todavia!» tener que humillar los ojos ante sus ojos, y convertir en mirada de indiferencia una mirada de fuego; verle partir para siempre á lejanas tierras, y no poder gritarle: «¡mi vida vá contigo! ¡no me olvides!» mirarle, en fin, esposo de otra, acaso de su misma hermana, y tener que ahogar una pasión inmensa en un corazón pequeño, y recoger un mar de lágrimas bajo la sonrisa indispensable en el festín de la boda?

¿Con qué razon pedimos virtud?

Para pedir imposibles no hacen falta razones.

Si la mujer pidiera otro tanto, seria iniquidad.

Pero lo pide el hombre, y es justicia.

SOMBRAS DE LA MUERTE.

Tengo un tiesto de flores,
En mi ventana,
Que acarician de noche
Las leves auras;

Y ese blando rumor que me adormece
Llena de encanto y de dulzura mi alma.

A la orilla del Rimac
Está mi casa;
Y al sentir que murmuran
Sus limpias aguas,

Me parece escuchar de las sirenas
Una canción de amor y de esperanza.

El rayo de la luna
Que débil baña
La blanca celosía
De mi ventana,
Vela mi sueño, cariñoso y mudo,
Hasta que llega sonriente el alba.

Y así paso las noches
En dulce calma,
Aguardando las horas
De la mañana;
Ay! pero a veces pienso que estoy muerta
Y me parece un atahud mi cama!

ADRIANA BUENDIA.

Lima—1875.

LA POESIA.

SU NATURALEZA É INFLUENCIA.

(Del Inglés.)

A nuestro modo de ver esta es la mas divina de todas las artes; porque es la aspiracion ó expresion de ese principio ó sentimiento que es el mas profundo y sublime en la naturaleza humana. Nos referimos á esta sed ó ambicion, á la que ningun entendimiento es enteramente extraño, hácia algo mas puro y bello, hácia algo mas prestigioso grande y profundo, que lo que nos ofrece la vida real y ordinaria. No hay creencia mas comun entre los cristianos que la de la inmortalidad del alma. Pero no es tan generalmente sabido que los gérmenes ó principios de toda la existencia futura yacen de antemano en el alma, como lo están los frutos de la futura planta en la semilla. Como un resultado necesario de esa ley, de esa aspiracion, el espíritu poseido é impulsado por esa fuerza enérgica y siempre nueva, pugna constantemente por elevarse á regiones superiores á lo presente y á lo visible, haciendo esfuerzos por salir fuera de los límites de su prision terrestre, y buscando consuelo y alegría en imágenes de seres desconocidos é ideales. Este lado de nuestra naturaleza que nunca ha sido enteramente desarrolládo, y que mas que á otra cosa tiende á explicarnos los contrastes de la vida humana, vá directamente hácia el verdadero principio y fuente de la poesia.

En una naturaleza inteligente, formada para el progreso y para altos destinos, debe haber fuerzas creadoras, facultades de un pensamiento original que están siempre en creciente desarrollo; y la poesia es la forma bajo la cual se manifiestan particularmente esas fuerzas. El privilegio mas glorioso de este arte es que «presenta todas las cosas bajo un aspecto nuevo» para satisfaccion de los divinos instintos del hombre. Ciertamente que ella saca sus elementos en lo que está actualmente viendo y experimentando en el mundo de la materia y del pensamiento, pero lo combina y dá á todo esto nuevas formas en armonía con nuevas afinidades; derriba y traspa, por decirlo así, las eminencias y límites de la naturaleza; dá á los objetos materiales vida, sentimiento y emocion, y adorna el pensamiento con las potencias y esplendores de la creacion visible; describe el universo que nos rodea con los colores que la pasion arroja sobre ellos; y pinta al alma en esas situaciones de reposo ó agitacion, de ternura ó sublime emocion que manifiestan sus vehementes aspiracio-

nes por una existencia mas grandiosa y feliz. Para un hombre de un carácter empírico y prosaico, el procedimiento de la inteligencia en este trabajo le pareceria estafalario; sin embargo ella sigue en este trabajo leyes mas altas que las que quebranta, las leyes de la inteligencia inmortal; indagar y descubrir lo desconocido es su primera ley; y en los objetos que describe, ó en las emociones que despierta, nos anticipa, aquí, en la tierra, esas situaciones sublimes de una inteligencia en su mas alto desarrollo, situaciones llenas de esplendor, de hermosura y de felicidad, que es para lo que ha sido creado.

No hay verdad cuando se dice que los poetas pintan una vida que no existe. Ellos no hacen mas que extraer y concentrar algo como la esencia de la vida celeste; cojer al vuelo y condensar su volátil fragancia, reunir sus esparcidas bellezas, y prolongar los mas puros aunque delicados goces de la vida. Y en esto hacen muy bien; porque es muy agradable ver que la vida no está enteramente absorvida por las inquietudes de la existencia y satisfacciones físicas, sino que admite, en medidas que pueden ser indefinitivamente dilatadas, sentimientos y delicias dignas de un sér superior. Este poder de la poesia, para el efecto de modificar nuestras perspectivas de vida y de felicidad, es mas y mas necesario á medida que la sociedad avanza. Es necesario para resistir al auge de las costumbres apocadas y artificiales que forman una civilizacion abatida y sin aspiraciones. Es necesario para impedir la tendencia de la ciencia física, que siendo ahora considerada, no como en lo antiguo para la satisfaccion intelectual, sino para multiplicar las comodidades de la vida, requiere un nuevo desarrollo de imaginacion, de gusto, y de poesia, para evitar que el hombre se hunda en una vida sensual, material é epicureana.

REGINA URIBE ORREGO.

Valparaiso—1875.

QUE SE IRA! QUE SE VA! QUE SE FUE.

Á C. G.

Con tristeza mirabas la nave
Columpiarse en las ondas del mar
—Qué te apena, Rosaura?—te dije
Murmuraron tus labios:—se vá!

Llevó el viento la lona tendida,
Sonó el pito mandando levar,
Rechinó la cadena del ancla:
Suspirando dijiste: ¡se vá!

Y la nave su marcha emprendiendo,
A tu vista se vino á perder
Como si ella tu vida llevara,
Desolada exclamaste ¡se fue!!

Contemplando el lejano horizonte
Te quedaste á la orilla del mar;
No queriendo turbar tu congoja
Me alejé murmurando ¡se irá!

Una tarde, al pasar por tu reja,
Animado te hablaba un galan
Complacida su plática oías,
Y yo al veros me dije ¡se vá!

Al compás de la orquesta, otra noche,
En los brazos del mismo doncel

Te mecías con tanto abandono
Que, á mi mismo, me dije ¡se fue!

Esta es, niña, del hombre la historia:
Asi pasan dolor y placer;
Asi pasa con ellos la vida:
«Que se irá!»—«Que se vá!»—«Que se fue!»
HIXEN.

MI PALABRA ES ORO, MI ESPADA FUE ORO.

LEYENDA ALEMANA DEL SIGLO XIV

ALZÁBANSE á mediados del siglo XIV sobre una colina de la nebulosa Alemania, las almenadas torres de un castillo feudal, entre las que se ostentaba un ancho escudo de armas que llevaba por orla esta arrogante divisa:

Mi palabra es oro, y mi espada fuego; lema grabado en otro tiempo en el escudo de defensa del primer conde de Runstat, fundador del castillo. En su centro, y cubierta por una elevada bóveda, hallábase el panteon de la familia, capilla al mismo tiempo, y en cuyos cuatro ángulos dormian los primeros cuatro condes el sueño de la muerte.

Era á la sazón señor del castillo Juan de Runstat, vástago innoble de tan generosa estirpe; y lejos de imponer con su autoridad y su fuerza límites á las demasias que las discordias de los barones engendraban, animábalas, por el contrario, con el miserable fin de convertirlas á su favor y provecho.

No lejos de Runstat veíase una torre, morada á la sazón de un noble, á quien la guerra que de tiempo inmemorial hacia su vecino el baron de Hein, había arruinado por completo, quedándole solo de su usurpado patrimonio la vetusta torre, primitivo solar de sus mayores, donde auxiliado de algunos antiguos y leales vasallos, guardaba con gran cuidado, y como apreciada joya, una hija de peregrina hermosura. Magestuosa y esbelta como una estatua griega llevaba Isabel de Trent en su rostro y en su porte el sello de ese misticismo que saturaba de dignidad y de humildad cristiana á las doncellas de la Edad Media como destinadas desde la cuna á morar entre las pardas almenas de un castillo ó entre los espesos muros de un monasterio.

Una noche oscura y nebulosa, en que las viejas encinas que cercaban la torre gemian al paso del huracan, como presintiendo una catástrofe, asaltaron los hombres del baron de Hein la torre del Trent; acudieron sus moradores á la defensa, y gracias al entusiasmo que arde en pechos generosos á la vista de una infamia, y á la lástima y compasion que la hermosa Isabel inspiraba á sus vasallos, estos, con su animoso señor á la cabeza, rechazaron el ataque, y vencedores, ya daban por terminada la lucha, cuando una saeta, despedida por traidora mano, halla franca entrada por entre los hierros de la alzada visera del padre de Isabel, que rindió el espíritu entre los brazos de sus soldados.

Vuelta Isabel del estupor en que la desgracia la había sumido, y conociendo los peligros de su situacion, determinó ir á encerrar su juventud y su hermosura en la soledad de un claustro, y no atreviéndose á emprender sola el camino del monasterio que para su reclusion había designado, en-

vió por un vasallo, un discreto mensaje al conde de Runstat, pidiéndole, en nombre de Dios y de las leyes de caballería, que la auxiliase y socorriese, acompañándola en su peregrinación y jornada.

A tan cortés demanda respondió el insidioso conde afirmativamente y como la distancia de la torre al castillo era corta, señaló éste como punto de reunión y partida, con el oculto designio de verificar lo que intentaba.

Y así fué que, convenidos en el día y la hora, que fué al siguiente, y por la noche de su partida, envió secreto aviso al barón de Hein, asegurándole que faltaría por su parte á lo prometido, á fin de que viéndose sola la infeliz doncella, tuviese que emprender sola el camino del monasterio, camino en que podría atacar y robar á la desvalida huérfana, único resto de la raza objeto de sus odios.

En este estado de cosas llegó por fin la hora señalada.

Acompañada de dos escuderos, descendía de su torre al castillo, sumida en tristes meditaciones, la infeliz Isabel, dudando de las promesas del conde, por su proverbial falsedad, si bien el recuerdo de la divisa de su casa desvanecía las sospechas y acallaba los presentimientos.

Como la una de la noche sería cuando salvado el profundo foso del castillo, penetraba Isabel en la capilla del panteón, sitio señalado para la cita.

Un silencio sepulcral reinaba en tan fúnebre recinto; y solo el huracán hacia rechinar sobre sus goznes las extrañas velas que coronaban el edificio.

Los pálidos reflejos de una luz de amianto derraman por aquellas bóvedas una penumbra incierta y dudosa, entre la que se destacaban las horribles cataduras de los monstruos que coronaban y sostenían los pilares. Todo inspiraba allí horror y respeto.

Al entrar Isabel, una ráfaga de viento que penetró por la puerta hizo vacilar la amarillenta llama de la lámpara, y al misterioso reflejo de sus ondulaciones, pareció que los monstruos de piedra se removían y que los caballeros de granito meneaban la cabeza.

Nadie murmuró; Isabel al verse sola, pues sus escuderos esperaban afuera pero dominando su pavor, se arrodilló para orar, diciendo:—No tardará.

Vana esperanza!... Las horas pasaban, el huracán cada vez más violento, presagiaba la tempestad cercana, y nadie parecía. El llanto surcaba la megilla de Isabel; al fin se levantó, y con apagado acento exclamó:—Runstat! Runstat!

Un murmullo confuso pareció responderla, y las alas de los grifos de piedra que coronaban la estancia parecieron agitarse.

Poco á poco todo volvió á quedar en silencio. No dudó ya del engaño la infeliz doncella, y solo la inminencia del peligro la dió fuerzas para hacer la última prueba, y llamando en su auxilio todo el valor de su raza, pronunció con inspirado y varonil acento:—Runstat! tu divisa miente, tu palabra no es de oro!

Giró la cabeza en torno al acabar de decir estas palabras, y la sangre se le heló en las venas; quiso hablar, y enmudeció de espanto; quiso huir, y sus pies se pegaron á las losas del pavimento.

Y no era extraño; perdiáse aun el último eco de su acento en los profundos senos de las bóvedas, y al nombre de Runstat alzáronse lentamente de sus sepulcros las figuras de los cuatro primeros condes de la raza, cubiertos de hierro.

Miráronse con asombro, y sacudiendo de sus párpados el sueño de la muerte, bajaron á colocarse al lado del Isabel con el montante desnudo.

Atónita esta y animada de fuerza sobrenatural, salió maquinalmente del panteón acompañada de los caballeros.

Momentos después cabalgaba camino del monasterio.

El barón de Hein, que esperaba emboscado la llegada de Isabel, creyóse víctima de una superchería del conde al verla escoltada, y permaneciendo oculto mientras pasaron, tomó después la vuelta de su castillo.

Pero al pasar por delante del de Runstat, vió bajado el puente y abierto el postigo por el que salió Isabel. Y penetrando sigilosamente, recorrió los salones del castillo en busca de algo en qué tomar venganza.

Juan de Runstat, recostado en su opulento lecho, fué el primero que se ofreció á su vista, y arrojándose á él daga en mano, la sepultó en el pecho del dormido conde, murmurando estas palabras con irónica sonrisa: *Mi palabra es oro: mi espada fuego*; y saliendo precipitadamente de la estancia, fué sorprendido al pié del foso por un centinela que, sin conocerle, le arrojó al foso, muerto de un balistazo.

Cuando á la mañana siguiente los vasallos de Runstat, buscando al asesino de su señor, penetraron en el panteón, hallaron las lápidas sobre los sepulcros, é inmóviles y recostadas sobre ellas las estatuas de los cuatro condes, pero la diestra de todos ellos señalaba al centro de la bóveda.

Alzaron la vista y saludaron el escudo de armas de Runstat á cuyo alrededor se veía su arrogante lema: *Mi palabra es oro, mi espada fuego*.

Y la divisa decía verdad.

ALEJANDRO.

A JUANITA.

¿Sabes tú por qué esclamo
Cuando te miro:
«Ay! quien se hubiera muerto
Siendo chiquito?»
Porque me matas
De tus hermosos ojos
Con las miradas.

Y mas vale mil veces
Morirse niño,
Que sufrir ahora tanto,
Tanto martirio
Que el que se muere
Como tú bien lo sabes
Ya nada siente.

Si supieras, Juanita,
Cual atraviesan
Mi seno tus miradas
Como dos flechas:
No te reirías
Cuando digo que es verte
«La muerte misma.»

Mas por esto no quiero
Que te imagines

Que á mi me desagrada
Que tú me mires.
Mirame siempre
Aunque con tus miradas
Me des mil muertes.

Distante de este suelo
Yo te ví un día
Cuando tú eras apenas
Una niña,
Y desde entonces
Tus ojos penetraban
Mi alma de joven.

Yo no puedo olvidarme
De aquellos tiempos
Aunque me encuentre ahora
Ya cuasi viejo
Y todavía
No sé lo que me pasa
Cuando me miras.

Y por eso al mirarte,
Siempre repiten
Mis labios las palabras
Que ayer oíste:
Por eso digo.
«Ay! quien se hubiera muerto
Cuando chiquillo!

TOMÁS MARTÍN FEUILLET.

AMOR Y AUSENCIA.

Á LA SEÑORITA TRÁNSITO M. VIAÑA. (*)

El amor es una fuente inagotable donde bebemos el delicioso néctar de la felicidad.

La ausencia y la muerte son dos hermanas siniestramente parecidas. E. T.

QUE podremos decir nosotros, incultos y sin genio, sobre aquel sentimiento que todo corazón bien puesto, tierno y levantado, experimenta en su mejor edad, y que se apellida amor!

Y qué diremos de aquel ángel funesto que en el lenguaje del dolor se llama *ausencia*? Al contemplar la sublimidad y la grandeza del primero; el dolor y la tristeza del segundo; arrojamos impotentes nuestra pluma,—que no es dado á la débil mariposa levantar su vuelo á las regiones donde se cierne el águila.

Hablando de la esperanza en cierta ocasión, dijimos:

«Reunid todo lo que haya de poesía en vuestra imaginación, de sentimiento en vuestro pecho, de nobleza en vuestra alma: formad de todo eso un admirable compuesto, y tendreis lo que se llama *amor*: su corazón es la esperanza.»

Y en otra parte:

«El amor es el conjunto de todo lo bello y grande, poético y sublime que hay en el corazón de la humanidad; es el aura fresca y aromática que acaricia nuestra vida; la prueba más inequívoca de que nuestra alma está formada á semejanza de Dios.»

Oh sí!—nada hay en el corazón del hombre tan hermoso como ese sentimiento que, elevándole sobre los otros seres, inspire la conciencia de su elevada esfera y de su propia grandeza. Nada como el amor, que

(*) Escrito y dedicado á petición de un amigo.

ensanchando el pecho y arrebatando la imaginación, trasportanos á esos Edenes, donde la ilusión y la esperanza tienen su morada, sus encantos la poesía, los ángeles su sueño.

Mas, al frente del amor está la ausencia, como al frente de un ángel un espectro; como á pocos pasos de la cuna está el sepulcro. Nube pesada y funesta cuya sombra, proyectándose sobre nuestra frente, abate la energía de nuestra voluntad, oprime nuestro pecho, tortura nuestro corazón.

La ausencia es al amor lo que el martirio es á la víctima: que la hiere y atormenta. Empero, no lo destruye; antes bien lo nutre y vivifica.

Ni el tiempo ni la distancia son para el amor barreras, que á sus áncias los años son minutos; los mares y la tierra un pase; y allí donde sus ojos no debieran ver sino un cuadro vacío y pavoroso, contemplan un ángel de corazón tan puro como la gota de rocío; bello como el albor de la mañana; radiante como el sol en su zenit. El amor tiene su mirada, su memoria, su imaginación. Vé, recuerda, delira.....

¡Amor!! ¡Ausencia!!

¿Qué rosa no tiene sus espinas?—qué día de dicha no tiene su día amargo?—qué luz no proyecta su siniestra sombra?

Q. LUTO.

Lima, Octubre 12.

DIALOGO.

EL POETA Y LA NIÑA.

Poeta

Virginia: ¿por qué las flores
Que exhalan tan dulce aroma,
Luego que otro sol asoma,
Marchitan ¡ay! sus colores?

Niña

—En este mundo variable
Todo pasa en un instante,
El amor es inconstante,
Y la dicha imperdurable.

Poeta

—¿Por qué esa nube galana,
Que atraviesa el firmamento,
Se convierte en un momento
En tempestad inhumana?

Niña

—Porque el dolor y el placer
Se alternan á cada paso,
Siendo el placer muy escaso
Y muy largo el padecer.
Bien meditado es mentira
El bien que aquí se persigue,
Nadie en el mundo consigue
Aquello por qué suspira.

Poeta

A la luz de la ilusión
Del amor que el alma siente
¿También me dirás que miente,
Que miente mi corazón?

Niña

El corazón es un foco
De ilusiones pasajeras,
Que solo son lisonjeras
Al que no es cuerdo, ó es loco.

Poeta

—¿Qué es el amor?

Niña

—Una aurora,
Que de súbito se apaga;

Si un instante nos halaga,
Después sin piedad devora.
Tiene dulzuras y hiel,
Y lleva en su blanco seno,
A la mujer—un veneno,
Al hombre—martirio cruel.
Que es tormento la pasión
Cuando estalla enfurecida,
En sus halagos no hay vida
Ni goces del corazón.

Poeta

—Entonces, niña, responde:
¿La ventura en qué consiste,
Si siempre el alma está triste,
Si todo el dolor esconde?

Niña

—Si quiere la juventud
O la vejez venerable
Una dicha incontrastable,
Que la busque en la virtud.
En ella con claridad
Se hallan la paz, el consuelo,
Que nos revelan el cielo
De eterna felicidad.

Poeta

—¿Con que todo es ilusión
En este mundo y dolores?

Niña

¡Espinan tienen las flores
Y angustias el corazón!

Poeta

Dios de infinita bondad!
Bien has dicho: la inocencia
Y la voz de la experiencia
Dicen siempre la verdad!.....

H.

LOS DADOS.

MALDITOS sean los dados!

Esta es á no dudarlo, la exclamación del que acaba de perder una fortuna; mucho menos—algunos miles; mucho menos—algunos cientos; menos aun—unas cuantas monedas; menos, en fin—una moneda sola, al caprichoso movimiento de dos paralelepipedos de hueso, pintados en cada una de sus ocho caras con distintos signos, que representan los diversos rostros de esa coqueta de las coquetas, llamada la Fortuna, y que se denominan dados.

Quizá una mano seca y descarnada, los ha hecho rodar sobre el tapete de una mesa, consultando á la Fortuna el rostro que quiere mostrar esta vez, al que elige su novio, después de hacerlos chocarse en el movimiento á que los obliga con el propio, que le imprime el brazo, á impulsos de ese motor universal que muchos llaman ambición del hombre, y que yo llamaria esperanza de los desdichados.

El Dios de muchos hombres es el dinero; la fé del dinero es la ambición; y bien desdichado es por cierto quien no tiene otra fé.

La fé en Dios se traduce en una oración pronunciada en el santuario de la conciencia.

La fé de la ambición tiene por altares los dados; por oración una mirada codiciosa que pretende con su poder magnético detenerlos, en el punto necesario para que la Fortuna les presente el mas risueño de sus ocho rostros, y por premio una tortura perpetua que hace prorrumpir casi siempre á sus sectarios en un:

¡Maldita sean los dados!

No hay pasión que nos conduzca á feliz término, después de hacernos recorrer el largo camino de desdichas que la separan de la felicidad.

Pero hay pasiones que, en fuerza de algo hermoso que abrigan, seducen con el prestigio de lo grande ó de lo bello. Solo la pasión del juego, se presenta siempre, aunque ataviada, fea de rostro, cargada de hombros y ni siquiera con el aire gentil aunque estudiado, de la impúdica Mesalina.

Especie de ratería, el juego es rastreador y bajo; mas que pasión de hombres parece instinto de zorros ó de ratones.

Quien en sus frecuentes arrebatos de amor, vá de muger en muger apurando el cáliz del deleite, se equipara á las bestias, es verdad, pero hay en esa desafortada pasión un no sé qué, que los griegos hallaron digno del patrocinio de un dios.

Espíritus hay que necesitan aturdirse, y hallan en la embriaguez cotidiana, un desorden delicioso en que, atraídos por el constante girar de mil ideas confusas, logran olvidarse de sí mismos; y hay en ese vicio horrible, cuando un vulgar entorpecimiento no lo guía, algo que lo disculpa, y si es posible, lo ennoblece.

Pero ¿cómo disculpar siquiera al espíritu mezquino que, sin otra fé que la ambición de dinero, consagra toda su actividad á la ruina industria—del *azar* y de la *suerte*, y cifra toda su esperanza en el ridículo *puede ser* del movimiento de los *dados*!

II.

Muchas son las industrias que las necesidades, cada día mas crecientes de los tiempos, han venido naciendo desde que la industria extendió sus dominios fuera de la labranza y sembrío de los campos. Rodeada la vida, de la miseria proveniente del agotamiento de los elementos naturales, han pasado hacer modos lícitos de vivir entre otros, hasta la usura, que las leyes han garantizado hasta cierto límite: en todas partes se ha sancionado la ficción de los frutos que el dinero produce con el simple trascurso del tiempo; y las imaginaciones mercantilistas han ideado otros mil medios de procurarse rendimientos, que hoy forman las mil maravillosas operaciones de crédito en que vive enredado todo el mundo.

La sociedad moderna ha enriquecido inmensamente el catálogo de las industrias y de los modos de vivir, lo cual manifiesta el estado de increíble pobreza á que ha llegado.

Cosa extraña! hay industrias que por todo capital cuentan con una pluma mohosa y una tira de papel, otras, con un trapo que se recoge en las calles; muchas se alimentan de humanos desperdicios, y no falta alguna que medre con el descuido de la policía, medio escondida tras una ventana de reja que solo se abre de noche; y, sin embargo, en medio de todo este laberinto de modos lícitos ó ilícitos de vivir, nadie se atreve á señalar una industria que tenga por capital un par de *dados*.

Y es, apesar de todo, un modo de vivir.

III.

Entre ciertos signos simbólicos de la pasión de Jesús, he visto siempre los *dados*, lo que prueba que no son una de tantas ingeniosas invenciones de hoy.

No falta quien piense que deben su origen á un soldado ocioso, fundándose en que siempre hábiles fueron los soldados para servir al dios *mal*, y mas ingeniosa todavia la ociosidad de los soldados.

Pero olvidando por de pronto la cuestion origen, que no es la mas importante tratándose de los *dados*, veamos la *vera efigie* de una de las innumerables víctimas de esta perniciosa pasion.

Dios para formar al hombre, solo necesitó barro; un hombre para retratar á un jugador necesita mucho ménos.

Yo podria sostener en larga tésis, que lo primero que Dios formó del hombre, fué el corazon; y pienso que el corazon del jugador es lo único que el retratista no puede copiar en el lienzo: ¿qué figura tienen la avaricia insaciable, la ambicion infinita, la desconfianza general, el odio á los hombres afortunados, la inquietud eterna y la eterna concentracion en el dinero?

Vale mas que le pinte sin corazon; que asi podrán todos reconocer en el retrato, al mismo que entrega á los caprichos del azar, todos los dias, el pan que sus hijos tienen derecho de exigir cuotidianamente al autor de su existencia.

Por lo demas, colocando bajo una siniestra frente dos ojos brillantes aunque escondidos en sus concavas órbitas, una fea nariz en medio de esos ojos, dos mejillas enjutas á los lados de esa nariz; sobre esa frente una cabeza calva; todo esto sobre una garganta escualida, y cabeza y garganta sobre un tronco seco, y ese tronco sobre dos largas y torcidas piernas, está hecho el retrato.

¿Le falta algo?

Notó Miguel Ángel que á su busto de Moisés, solo le faltaba hablar.

Y alguien notará que á esta estampa del jugador le falta el principal atributo:—los *dados*.

Coloquémoslo cerca de una mesa, tiremos al acaso sobre ella dos dados, que irán rodando sucesivamente sobre cada una de sus caras, y una vez que terminen de rodar y que sus caras superiores enseñen el mas halagüeño rostro de la Fortuna, animémosle los ojos de una pincelada, dejémoslo contemplando tan hermosa faz: no es para él mas hermosa por cierto la de la luna en una noche de Marzo, ni la de su hijo de tres años al sonreirse con inocencia.

IV.

Ahora bien ¿le conocéis? ¿lo habeis visto una vez siquiera?

Fijaos en su mano huesosa y descarnada: parece la mano de un ladron que se seca por haberla puesto impiamente en cosa sagrada: parece que el diablo ha impreso en ella su beso mortífero: es que ha empuñado los *dados* mucho tiempo.

¡Malditos sean los dados! dice ya viejo y harto de las traiciones de la Fortuna: ¡coqueta al fin!

Su esposa, sus hijos, sus parientes todos, sus amigos, los que le conocen de fama, todos recojen sus palabras, y exclaman como él:

¡Malditos dados!

Su esposa y su madre se horrorizan al ver esos objetos.

Las picaruelas criaturas jugaban un dia

con un viejo chaleco de su padre que descolgaron de una percha: de uno de los bolsillos, al disputárselo dos de ellos, se escurrió un par de *dados*. Los niños creyeron hacer excelente hallazgo, y al verlos la madre, no pudiendo contener dos lágrimas que asomaban á sus ojos, les dijo: «Estos trozos de hueso, son la causa de nuestro infortunio; las manos que estos huesos cogen, están excomulgadas; soltad, hijos míos, estos malditos *dados*.»

Los niños arrojaron con horror los trozos de hueso.

El padre ese dia no tuvo un pan que daries.

A los ojos de la pasion nada es ilícito conduciendo al fin de satisfacerla.

Ya mora en el lugar de los difuntos aquella infeliz esposa, que tanto lloró en la vida esa pasion cruel del hombre que la hizo desgraciada.

Ah! el cadáver de una persona querida, que venerando es!

El vicio tiene sus preocupaciones.

El esposo se ha robado del cementerio una canilla de su difunta mujer: piensa que *dados* hechos de ese hueso, lo han de hacer afortunado.

Pero los *dados*, no son siempre mas que *dados*.

La fortuna siempre adversa.

El cadáver está profanado!

Uno de los ya huérfanos de madre está pequeño; no puede ir á la escuela, su padre lo lleva consigo.

El niño vé y oye.

La escuela del mal es fecunda en males.

Mientras los hombres arrojan los *dados* sobre la mesa con vivo interés, el niño se entretiene con los que el padre le ha dado para su distraccion.

¡Bendito sea!

Un acontecimiento de policia llama la atencion de la gente desocupada.

Un grupo de personas, cercado de policiales, marcha en direccion á la Intendencia:

Unos dicen: motinistas.

Otros agregan: conspiradores.

Otros, en fin, ladrones.

Uno del grupo deja caer furtivamente al suelo, la prueba irrecusable de su falta—un par de *dados*.

Un curioso muchacho de mirada de águila los recoje, y grita con entusiasmo:

Un par de *dados*, un par de dados!

Los desocupados lo rodean, examinan la prueba y uno, experto en la materia, agrega:

¡Y uno de ellos *cargado*!

Los demás dicen:

Habian sido jugadores.

Y uno entre todos:

Bien dije yo que eran ladrones.

Entre el prisionero grupo, vá un niño de la edad de cinco años, cojido de la mano de su padre.

¡Infeliz!

El grupo continúa su marcha; la gente se admira de la pezuca, mil veces rara, que ha hecho la policia, y de entre el grupo sale una voz que dice:

¡Malditos sean los dados!

Al poco tiempo, se vé en la puerta del cementerio un pobre atahud que vá á ser depositado en la fosa comun; rodean el atahud tres niños vestidos de harapos: aquel es del padre, estos son los hijos.....

A los pocos momentos la tierra cenicienta del cementerio, cubre por completo el atahud. Los niños lloran, y se retiran, huérfanos ya de padre y madre.

¿Qué les ha dejado su padre por herencia?

Aquel chaleco permanece colgado en aquella percha.

Todavía existen en el mismo bolsillo aquellos *dados*.

Los niños se disputan tan valiosos objetos.

El menor sostiene su perfecto derecho á ellos, y se los lleva.

Pero, al fin recuerda la exclamacion de su padre al arrojarlos al suelo aquel dia, y también los arroja, diciendo:

¡Malditos sean los dados!

Hé ahí una herencia de maldicion!

EL CHICO TERCENCO.

UN CONSEJO.

Guarda la fé del cristianismo como único consuelo en las desgracias y ameniza tu preciosa vida, dando dulce expansion á las virtudes de tu alma, con cuyas bellas dotes se logra la mas hermosa recompensa y en lugar digno y precioso donde sin peligros ni azares se consigue la estrema recompensa.

Dios te ama porque eres buena, tus nobles cualidades, te hacen espiritual y pura como la cándida paloma y si guardas la flor de tu inocencia como única roca donde se estrellan la envidia y la maledicencia los celos y las malas pasiones. Recorrerás un sendero de flores.

GARIBALDI.

LA JOVEN CAUTIVA.

(POR ANDRE CHENIER.)

Sin temor al lagar, el verde pámpano
El dulce llanto de la aurora apura;
La tierna espiga bajo el sol madura,
Sin pensar que la hoz la puede herir;
Yo aunque mi hora presente haya empañado,
La triste sombra de mortal querella,
Hermosa como él, jóven como ella,
No quiere aún morir.

Vuelve el estóico de la muerte al seno,
Yo espero y lloro; alternativamente
Doblego y alzo la serena frente,
Si el norte se desata sin piedad;
Cierto es que hay en la vida horas crueles,
Pero las hay tan llenas de dulzura!
Qué miel no tiene un dejo de amargura?
En qué mar no bramó la tempestad?

Fecunda la ilusion vive en mi pecho;
De una pasion en vano el negro muro
Me oprime, mi alma en su recinto oscuro
Guarda las alas de esperanza fiel;
Así, escapando á las traidoras redes,
Exhalando su canto melodioso,
Se eleva el ruiseñor, libre y dichoso,
Del cielo hácia el vergel.

¿Por qué morir? tranquila es mi vigilia
Y tranquilo mi sueño; ni un momento
Presas son del fatal remordimiento,
Que hace el alma temblar;

En risueñas miradas se refleja,
En estos sitios, mi saludo al día;
Mi aspecto hace en la frente mas sombría
Un dulce rayo de placer brillar.

¡Mi hermoso viaje de su fin tan léjos
Se halla aún! Perezoso peregrino,
De los olmos que adornan el camino,
Apénas los primeros dejo atrás;
El brillante banquete de la vida
Para mí se halla apénas comenzado,
Mi labio el vaso lleno se ha acercado,
Un instante no más.

En el florido Abril me encuentro apénas,
Y anhelo ver los meses del estío,
De una en otra estacion, el año mio,
Como el sol recorrer;
Gala y ornato del pincel ameno,
En mi tallo meciéndome lozana,
Solo he visto el albor de la mañana...
Quiero las horas de la tarde ver.

¡Oh muerte! espera aún, huye bien léjos,
Ve á consolar las almas que devora
Negro remordimiento, y destructora
Angustia hace gemir;
Aún tiene para mi Pales frondosos
Y fragantes asilos de verdura,
La Musa cantos de inmortal dulzura.....
No quiero aún morir.

A pesar de mi amargo cautiverio,
Así mi triste lira despertaba,
Cuando los tiernos votos escuchaba
De una jóvena cautiva como yo;
Y el yugo de mis horas sacudiendo,
A las leyes del verso melodiosas,
Sujetaba las quejas candorosas,
Que su sencillo labio pronunció.

Tal vez harán un día estas canciones,
De mi prision testigos armoniosos,
De esa hermosa, á los séres estudiosos,
El nombre preguntar;
La gracia ornaba sus palabras todas,
Y brillaba en su frente pura y bella...
Todo aquel temerá morir, como ella
Que la vida á sus piés pueda pasar.
ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.

NUBES DE UN CIELO.

(BOSQUEJO DE NOVELA POR EL ÚLTIMO HARABEC.)

Dos hermanos que se parecen.

RAFAEL era lejítimo y digno hermano de María: sus almas demasiado nobles, demasiado sensibles, demasiado grandes, eran gemelos en la modestia y la virtud. Tenía Rafael el corazón de una vírgen, un mismo ángel parecía indispensablemente cobijar bajo sus alas de oro á estas dos criaturas, que eran el orgullo y contento de su ya anciano padre.

Criado Rafael en una vida tan íntima con la familia de don Manuel había ido poco á poco naciendo para Clementina en lo mas recondito de su alma aquel misterioso sentimiento que llamamos amor, arbolillo vivificado por los rayos de sus miradas, y que, llegado ya el periodo de su desarrollo completo, comenzaba á florecer perfumando su vida toda, llenándola de encantos, preciosas, ilusiones que lo hacían feliz.

Jamás la había dicho una sola palabra

de amor, ni menos había hecho por demostrar lo que sentía: cuán cierto es que en la vida no hay cosa mas hermosa, mas dulce, ni mas grande, que las cosas misteriosas y que los sentimientos mas maravillosos son los que nos agitan con alguna confusion. Lo que Rafael sentía era demasiado santo, demasiado indefinible, para revelarse tan de pronto; diríase que semejaba una virtud, de que el mismo casi no podía darse cuenta; él iba con su hermana todas las noches, él trataba á Clementina con familiaridad; mas con respeto, viéndola siempre con los ojos del alma, sin exajerar, diríase que Rafael, cuando solía estar cerca de Clementina, estaba siempre de rodillas, la quería tanto, soñaba tanto en ella, pensaba tanto en la amiga de su hermana: que este cariño, estos sueños y estos incesantes pensamientos formaban como una nube de perfumes en la que envuelto vivía dichoso, felicísimo.

Quién podrá impedir que me case con ella? se decía, sus padres me quieren, ella me quiere, mi papá nos bendecirá, si, yo sera feliz; estudiaré, concluiré mi carrera y entónces.....Rafael se sonreía pudiendo apénas contener los latidos de su corazón regosijado.

La noche que así pensaba era una fiesta, al despertar y no bien se ponía de pié corría donde su hermana, la abrazaba, la besaba, iba en seguida donde su padre lo abrazaba también—lleno de júbilo—papasito, decíale buenos días deme su bendición, voime al colegio.

El anciano padre alegre contestaba: buenos días, hijo, Dios te haga un santo, daba á besar su mano, y Rafael, como una pascua, cantando salía de casa con los libros bajo el sobaco se encaminaba á su colegio y aquel día daba dobles lecciones y estudiaba como un desesperado.

Cuál sería, pues, su pesar viendo que Clementina, el sueño de sus sueños, ya comenzaba á escapársele. Triste pasó la primera noche, en que como antes ya no la pudo ver, muy aflijido la segunda, en que doña Juanita se la había vuelto á llevar y á la tercera lloró como un niño que ha perdido á su madre. Viendo que ya Clementina no paraba en su casa por las noches, Rafael y María resolvieron no ir ya sino de cuando en cuando.

Clementina, sea dicho entre comas, estaba tan agasajada por la familia de Toribio que sin sentirlo iba cometiendo la ingratitud mas dolorosa.

El paseo á la Piedra Liza.

El amor para ciertas criaturas es como el sol: su presencia todo lo anima, todo lo llena de vida, lo envuelve todo en el piélagos de su luz, su ausencia todo lo marchita, todo lo mata, todo lo entristese, todo lo vuelve sombrío y melancólico. Comenzo á desaparecer la vivacidad y alegría del corazón de Rafael, hablaba poco, estudiaba con disgusto y nada era capaz de distraerlo, María se aflijía viendo á su hermano, así, multiplicaba sus oraciones, y sus ojos preñados de lágrimas se levantaban á menudo para rogar por él. Don José cuya esperiencia y cuyo corazón paternal no le engañaba comenzó á inquietarse por su hijo tan querido y principió á buscar distracciones, y á deramar el manantial de sus caricias á fin de volverle la alegría.

Una mañana se levantó temprano, serian cerca de las seis, y seguido de sus dos hijos fué á pasearse por la Alameda de Acho. Era una de aquellas frescas y despejadas mañanas del mes de Mayo, el cielo estaba limpio, se escuchaba á lo léjos el alegre repique de las campanas, la orilla del rio poblada de trecho en trecho de verdes matonrales las santarrositas y gorriones bolando de aquí para acullá: respiraba alegría.

Caminaba nuestra familia, contento don José, algo distraído Rafael y María siempre respirando dulzura; cuando se dejó oír el ruido de un calesín, que no tardó en aparecer por entre la calle de sauces en medio de una nube de polvo, las paseantes se detuvieron á mirar y no tardaron mucho en reconocer el de la señora Garibay, en el que venian sus sobrinas, Toribio, Feliciano y Clementina, Rafael siguió con la vista al calesín que parecia huir con su esperanza y lo vió penetrar en el baño de la piedra liza.

¿Qué fué lo que sintió? Yelos acaso, cólera? Nada de eso, lo que sintió fué pena; pero una pena tan amarga, que su corazón diríase que nadaba en un mar de melancolia.

Clementina ni aun lo había mirado.

El ansuelo.

Rara era la mañana en que la madre de Toribio dejase de hacer una visita á la familia de don Manuel, como muy raro el día en que dejase de mandar ya la fuente de dulce, ya la fruta para Clementinita.

Serian pues las ocho del día siguiente al paseo que acabamos de referir, cuando la señora, sentada á la cabecera de la cama de Clementina que acababa de levantarse, la hablaba de este modo: mientras su papá estaba en la tienda y doña Carmen disponía el almuerzo, hija, he venido hoy á decirte una cosa que tú ni aun te imaginas, vengo á pedirte para esposa de mi Toribio. Clementina se puso colorada como una grana y la señora continuó: él te quiere mucho, dice que solo contigo se casaría, toda mi familia te aprecia, ya bien lo conoces con que, hija, que me dices? tú serás el todo de mi casa, ya yo estoy avansada, tú lo manejarás todo, dispondrás de todo y harás cuanto quisieres. Toribio tiene sus realitos, ya sabes que su tia le dejó 25 mil pesos, tú los manejarás, serán tuyos, vivirás junto con tus padres, Toribio dice lo mismo, con que, que es lo que me contestas?

—Señora—dijo bajando los ojos. Clementina—desde que don Toribio nada me ha dicho hasta ahora ni tampoco á papá.....

—¡Ola! picarona—repuso pasándole la mano con afable sonrisa la señora, quieres oírle de su boca, pues, voy á mandártelo y —salió apresurada.

Diez minutos despues Toribio entraba —siempre con su media sonrisita y su mirar entre apagado y turbo—Clementina, que aun no se había movido de su asiento, bajó por segunda vez los ojos, doña Carmen entró tambien en este instante.

Toribio se acercó y sin mas preámbulos ya le habrá dicho Clementina su mamá, dijo, que deseo casarme con usted; sin embargo, aunque por temor no había yo venido personalmente, aquí estoy á saber su determinacion.

—Dígale usted, á mi mamá fué la única

respuesta de Clementina—Toribio se dirigió entonces á daña Carmen y le habló, hizo llamar á don Manuel y ambos lo dejaron á la voluntad de su hija.

No tardó mucho el feliz sí.

Acto continuo, se dispuso que el matrimonio tuviese lugar el Miércoles de pascua. Era aquel día Jueves Santo.

(Continuará.)

PAGINAS DEL CORAZON.

Aura que pasas acariciando
Los blandos rizos de sus cabellos:
Tu soplo amaina,
«Que tengo celos!»

Lago tranquilo que suspirando
Tierno retratas sus ojos negros:
¡Turba tu linfa,
«Que tengo celos!»

Lirio que absorves su aliento blando,
Cuando te aspira con embeleso:
¡Cierra tu cáliz,
«Que tengo celos!»

Ave que trinas en la enramada,
Y amante arrullas su dulce sueño:
¡Calla tus sonos,
«Que tengo celos!»

Astro que bañas en besos suaves
Su hermosa frente, con tus destellos:
¡Tu luz apaga,
«Que tengo celos!»

JOSEFINA.

EPISTOLA TAUROMAQUICA.

DE un libro muy amoroso tomamos la siguiente carta que una jóven andaluza dirigió á una amiga suya, dándole cuenta de los novios que tuvo ántes de contraer matrimonio.

Es muy graciosa y merece leerse por los que no la conozcan y sobre todo por los que están al cabo de la fraseología tauromaquica:

“*Primero*—PELECHON. Tontuelo claro, tomó ocho cartas de mi mano, matando un Napoleon en flores de primer entusiasmo; recibió tres pares de banderillas en plantones, y le mató mi mamá de una buena preguntándole.

“*Segundo*—PEINE. Marrajo, oscuro, con intención; tomó varios puyazos con flema, no aguantó banderillas, y, no mereciendo perros, le acabé con un desengaño á volapié.

“*Tercero*—GARBOSO. Colorado, robusto, tomó esperanzas por regalar, hiriéndome la voluntad y las primeras dudas; recibió dos pares de banderillas de mi tía y lo rematé de dos desaires disparados de mi balcon á media luna.

“*Cuarto*—COLEGIAL. Vivaracho, exigente; llevó frescas sin cortarse, hiriéndome la última con su respuesta; despidió algunas banderillas, y lo despachó mi papá con tres muy bajas espantándole.

“*Quinto*—MILITAR. Boyante, bravo; sufrió seis quejas con valentía; llevó banderillas de celos, y lo mató un rival á primera vuelta recibíéndole.

“*Sesto*—VIUDO. Bonachon deshecho; tomó tres preguntas de mamá, tres indirectas de

mi tía, y lo rematé de una muy buena por todo lo alto... casándome.

Así he concluido mi temporada de soltera.

Consérvate tú entre barreras, hasta que venga uno derecho y sin malicia, y serás tan dichosa como hoy lo es tu amiga...”

FRASCUELA.

TRADUCCION DE HEINE.

Sonando yo he llorado:
Soñé que habias muerto;
Y al despertar, dos lágrimas
Mi rostro humedecieron.

Sonando yo he llorado:
Soñé que me olvidabas;
Me desperté, y tristísimos
Sollozos me ahogaban.

Sonando yo he llorado:
Soñé que aun me querias,
Me desperté, y aun lloro...
¡Ay, lloro noche y dia!

CONTRASTES MATR. MONIALES.

SE le ró, pues, don Juan Gualberto del consejo de su buen amigo, y diariamente visitó á la familia de don Federico.

A los cuatro meses de tratar á Elena, la pidió por esposa á su papá, y no se la negó, pero siempre con la condicion, que su hija fuese gustosa, y si lo era, que esperase dos meses para que se impusiese bien de las obligaciones de que iba á hacerse cargo.

Tuvo, pues, el gusto don Juan Gualberto de oír de la boca de Elena cuando él le preguntó, que si lo queria por esposo, que le contestase que si; y agregó, que su mamá le había dado por escrito los mismos consejos que á su hermana, y que le parecian muy justos.

Despues de dos meses de plazo, tuvo la dicha don Juan Gualberto de desposarse con la señorita Elena, y se quedó en la casa de sus padres, y ocupó los altos.

Espresar el júbilo de don Juan Gualberto al hallarse unido para siempre con su adorada Elena, no se puede significar, sino solo decir, que fué al tamaño del que tuvo su vien amigo don Adolfo cuando tuvo la felicidad que los indisolubles lazos del matrimonio, lo uniesen con su encantadora Elvira.

Estos dos amigos, fueron muy felices con sus esposas, que han sido el ejemplo de las casadas, pues heredaron todas las virtudes de su buena madre; ellas tambien han sido muy dichosas en tener unos esposos tan excelentes, que las han considerado, amado y complacido.

Es verdad, que el mérito de ellas és poco comun; han hecho pues estas niñas la felicidad de sus esposos, de sus hijos, y de toda su generacion, como igualmente la jóven Rosaura que se asemeja en todo á Elvira y á Elena, que eran su embelezo, tambien fué feliz con su esposo y con sus amigos; porque su corazon estaba equilibrado simpáticamente con el de ellas; así es que armonizaban en los mismos sentimientos.

Gozaban, pues, estas niñas, del placer

que es consiguiente á quien sabe amar, y cumplir con sus obligaciones.

Pero como en esta vida, no hay gusto cabal, la muerte casi momentánea de un hermano de la señora Leonor, vino á consternar los sensibles corazones de esta buena familia.

Don Adolfo y don Juan Gualberto, hablaron reservadamente con don Federico, y le espusieron: que siendo el difunto tío de sus esposas, les parecia justo que corriese de cuenta de ellos los afunerales; y querian que fuesen suntuosos. Don Federico les contestó: que tratasen sobre eso con su esposa.

Así lo hicieron; pero la señora Leonor les contestó! Hijos queridos; siento infinito no complacer á ustedes y espero, que tengan la bondad de dispensarme, porque yo tengo la costumbre, y es; que el entierro de mi familia sea sin pompa; porque no anhele más que el bien de la alma, y rechazo la vanidad, porque ningun alivio le puede resultar al difunto; y lo que deseo es su descanso eterno.

Por esta razon, determino que el entierro de mi hermano sea sin pompa; pero si, que se le manden decir cien misas por su alma, y treinta y tres pobres que asistan al templo á rogar á Dios por el alma del difunto; y estos mismos pobres despues que salgan de la iglesia, se dirijan aquí, y les tendré un buen almuerzo, y yo les serviré á la mesa, mirando en ellos la persona de Jesucristo; y si ustedes quieren que las niñas tengan parte en este bien, me ayudarán á atender á los pobres, y despues del almuerzo, les daré un peso á cada uno.

Esto hecho por Dios, espero de su misericordia alivie las penas de mi pobre hermano, y tenga de él compasion.

Esta es pues mi intencion; se convinieron en todo don Adolfo y don Juan Gualberto, y entregaron á su suegra cada uno cien pesos para que repartiera á pobres vergonzantes.

¡Oh! qué grande consuelo sintió la señora Leonor, en no haber encontrado en sus hijos políticos oposicion ninguna, acabó de conocer la felicidad que tenia en haber dado á sus hijas tan bondadosos esposos, como igualmente ella en tener tan inmejorables nueros.

Toda esta buena familia, nó pensaba más que recíprocamente agradarse; las niñas se desvivian por complacer á sus esposos, estas jóvenes no olvidaron nunca, el buen ejemplo que les dió su mamá, ni los consejos que les dió antes de casarse, y puntualmente fueron fieles observadoras de todos ellos.

Vivieron contentas, porque encontraban su felicidad en cumplir con sus obligaciones; y por esta razon, el yugo les era suave, y la carga ligera, segun la palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

Mientras la señora Leonor y sus hijas vivian tan tranquilas y gozosas, la señora Beatriz y su familia, se hallaban desesperadas con su suerte, que ellas mismas con su mal manejo, y el no cumplir con sus deberes, se habían labrado.

Y lo peor es la deshonra! pues mucho se hablaba del honor de la señora Beatriz, y despues hablarian de su hija, que seguia separada de su esposo; y la que lo está, no tiene honor.

Mucho deseo que haya infinitas madres

como la señora Leonor; que den tan buen ejemplo á sus hijas, y las eduquen con esmero y perfeccion, en las principales obligaciones de la mujer; porque ellas aseguran su felicidad y sosiego; pues por lo regular, las niñas en llegando á cierta edad, anhelan el estado del matrimonio para amar y ser correspondidas, esto es muy natural; pero no debían ignorar, las obligaciones que ván á grabitar sobre ellas; pues solo se figuran, que con saber diferentes idiomas, tocar el piano, cantar, bailar, y estar bien lujosas, no necesitan más, pero se engañan... por que el hombre si tiene fines honestos, huye de ellas, porque vé su ruina, y su desesperacion; pues una señorita contraída solo al estrado, no sirve para esposa, ni para madre. Es preciso que posea todas las virtudes de las hijas de la señora Leonor; y que se imponga antes de casarse, de todas las obligaciones que se adquieren al tomar ese estado; y si se encuentran capáz de observarlas, no se sorprenderán despues, porque no hallarán nada de nuevo, y vivirán con páz y sosiego como Elvira y Elena, y serán buenas esposas, excelentes madres, y por consiguiente felices.

CÁRMEN GARRIDO DE ALVARADO.

MOSAICO

Por mas triste que parezca decirlo, esta semana es bien triste, sombría, llena de sangre, de lágrimas y luto, para los pueblos todos del Perú, y especialmente para esta ciudad de los señores vireyes.

A partir del último domingo, no hay un solo dia en que los bandos opuestos en política eleccionaria, no vengán rompiéndose la crisma, llenos del furor mas sangriento.

¿Quién ignora los tristes acontecimientos que tienen alarmada á la sociedad entera?

La semana ha comenzado con sangre, y envuelta en sangre terminará, si las autoridades locales no ponen de su parte cuanto les sea posible, para evitar las luchas encarnizadas de los que, el próximo domingo, van á disputarse, como en un campo de batalla, la posesion de las mesas electorales.

Recuerdo la fábula de los leones rugientes, en que, despues de haberse comido los unos á los otros, quedaron luchando en el campo solamente los colmillos; y me lleno de pavor al pensar que nuestras plazuelas van á ser, el domingo, cementerios de muchos bravos.

Como es de suponer, los asuntos eleccionarios son los únicos que, por ahora, preocupan la atencion de todos. Poco ó nada hay de que ocuparse en esta semana, digno de llamar la atencion de las bellas lectoras de "La Alborada." No obstante, voy á referirles lo siguiente ocurrido en Lima:

Carolina que, porque tenía unos ojos hermosos color de cielo, estaba mas orgullosa que una sultana, habia descargado toda su zaña sobre el desgraciado Toribio, que solicitaba su corazon y su mano, y no tenía mas defecto que un lobanillo en la punta de la nariz.

¡Poca cosa!...

Por lo demas, Toribio era un exelente muchacho, bachiller en medicina, y próxi-

mo á heredar á su tío, Remijio, cura de una provincia del interior de Ayacucho.

Por mas que el jóven galán se esmeraba en agradar á su soñada Carolina, esta se deshacia en desdenes y despreciaba de lo lindo á Toribio. No habia agazajo alguno que no fuese contestado con un brusco reproche de Carolina, á quien sea dicho de paso, daba muy buenos consejos un padre de la Buenamuerte, que se interesaba en su ventura.

Hará como un mes y medio, que llegó de Colombia un jóven de muy regular presencia, y tenido por descendiente de una familia de marqueses, cuyo nombre si mal no me acuerdo es Enrique. Fué presentado en casa de Carolina, cantó una ária del Trovador, dos romanzas españolas y el "No me mires así;" habló de amores y de esperanzas á Carolina, y antes de cuatro dias se fué con ella á recibir las bendiciones, donde el inter de la parroquia.

Carolina y Enrique, se vieron, se amaron con la brevedad del siglo; como á vapor; y mientras tanto el pobre bachiller en medicina se quedó con su lobanillo en la punta de la nariz, y con una cara mas larga que una escopeta vizcaína.

La funcion de tan repentinas bodas duró una semana entera; y durante ella se consumieron en dulces, helados y licores los capitales de los novios que eran por demas escasos, sin que les quedara, tal vez, un solo cuarto.

Coje Enrique una fuerte calentura; llámase á un doctor para que le preste los auxilios de la ciencia, y este declara que el enfermo está muy grave, pues ha sido atacado por una horrible viruela. Los novios pasan una semana cruel; salva Enrique milagrosamente la vida; pero la infernal viruela le ha dejado ciego y con la cara picada como un arnero. Dá miedo y lástima verle.

Carolina ha llorado tanto su desgracia, que sus ojos de cielo se han cubierto de nubes, y dice el doctor oculista que quizá cesará sin remedio.

Hoy están, pues, los dos novios, enfermos, pobres y ciegos.

Mientras tanto el bachiller don Toribio es ya doctor en medicina; ha recibido cien mil duros de la herencia de su tío, y pide órdenes para Europa, donde vá á hacerse cortar el lobanillo de la nariz, para regresar á Lima como un Cupido, en busca de novia para casarse.

¡Alerta, niñas! Y no sea que el cielo castigue la soberbia de alguna otra desgraciada como la infeliz Carolina!

Hombres fastidiosos;

Los que piden fuego... y cigarros.

Los que usan lentes sin ser miopes.

Los que tienen la manía de querer casar á todo el mundo... y se quedan solteros.

Los que en el teatro tararean lo que á la sazón está cantando el artista A. ó B.

Los que hablan de política en los cafés y tratan impolíticamente á los que rebaten sus ideas.

Los que hacen acrósticos.

Y otra porcion que no queremos recordar en este momento.

La capital de Buenos Aires, cuenta hoy con un nuevo periódico literario, cuyos dos

primeros números me han enviado sus galantes redactores, y tengo á la vista en este momento. Su título es "El Parnaso Argentino," y está destinado al cultivo de las letras argentinas, contando á la vez con la colaboracion de los mejores escritores de las repúblicas Sud-americanas.

Aplaudimos el ánimo de los señores editores de "El Parnaso Argentino," y cumplo un deber de amistad, al saludar al nuevo colega, deseándole larga vida y muchas prosperidades.

"Zanahorias y Remolachas" se titula una preciosa coleccion de cien sonetos de gaceta, como los llama su autor el señor Ego Polibio y que ha salido á luz últimamente.

¿Quién es Ego Polibio? Es un jóven que escribe escondido tras ese seudónimo, sin la pretencion de haber perfeccionado nada, que entónces no sería Ego Polibio sino ego polivi.

Mejor dicho—Ego Polibio es un personaje múltiple porque ántes de ser tal, definitivamente, ha sido Mateo, Crispulo, el Diablo, Homobono, etc. etc. O, lo que vale tanto, ha publicado sus composiciones con mil diversos nombres, á fin de ocultar mejor el verdadero.

Tal es Ego Polibio.

Estas son las noticias que respecto de este inspirado vate, nos dá El Chico Terencio.

¿Quién es el Chico Terencio?

Todos conocen ya al inspirado autor de la preciosa zarzuela *A la luna de Payto* y de las famosas "Guitarradas." Todos saben que ese hábil y juicioso escritor es el doctor don Pedro Antonio Varela.

Las "Zanahorias y Remolachas" forman una preciosa coleccion de poesias picantes, festivas y tan llenas de gracia, que el mismo don Francisco de Quevedo no desdeñaría suscribir muchas de ellas.

Es de esperarse que plumas mas ilustradas que la mia, harán del librito del señor Ego Polibio, la justa apreciacion que merece.

¡Cierra puertas! señoritas; comienzan otra vez las pedradas entre los monteristas y los partidarios de Prado.

La cosa vá un poco seria, y no seré yo la que consienta en que me maten á sustos.

Suspendo aquí este pobre Mosaico, y me voy á pasar la trifulca en Chorrillos, donde la cuestion será menos reñida y correrá menos sangre. Si ustedes gustan acompañarme, tendré un placer infinito; y, si no me despido hasta la vuelta.

ADRIANA BUENDIA.

Lima Octubre 15 de 1875.

ERRATAS.

QUE TIENE LA COMPOSICION «LA AURORA.»

Estrofa 1ª verso 7º dice: *Cargada de flores* léase *Cargada de olores.*

Estrofa 2ª verso 7º dice: *En húmeda brisa* léase *En húmedas brisas.*

Estrofa 19 verso 7º dice: *El alma abrazada* léase *El alma abrasada.*

Estrofa 2ª verso 1º dice: *Ensayan la save* léase *Ensayan las aves.*

IMPRESA DE "LA ALBORADA"

POR APOLINARIO VELAOCHAGA,

Calle de Belen, núm. 391, bajos.